EL NACIMIENTO DE LAS ÉLITES

JAVIER VASSEROT

1 BIENVENIDOS A MI MUNDO

—Sois las *elites* –escuchó afirmar Bernardo pausadamente al profesor de Derecho Romano.

–Sois las *elites*. –De nuevo así, sin tilde en la «e». Nunca antes en su vida lo había oído pronunciar de esa manera.

El término retumbaba rotundo, casi mágico, en la primera hora de su primer día de clase en la Facultad de Derecho de la Gran Universidad. Lo pronunciaba quien iba a tener la responsabilidad de ser el tutor de los sesenta aún adolescentes que compartían el honor de haber superado las muy exigentes pruebas de admisión, esfuerzo que veían recompensado con aquel instante que nunca más en sus vidas olvidarían. Era el momento en el que, sin mérito alguno, se les admitía como integrantes del círculo de los elegidos, compuesto por los que, en palabras de ese circunspecto profesor de acento engolado, serían los llamados a dirigir la Economía de la Nación.

«¡No jorobes! –pensó Bernardo–; no han pasado ni cinco minutos de clase y ya nos quieren hacer creer que somos especiales por el solo hecho de estar aquí sentados».

–Ahora tengo treinta y cinco años –prosiguió el profesor–. Con treinta y cuatro fui nombrado catedrático de Derecho Romano de la Universidad del Sur. Con treinta publiqué mi tesis doctoral, que escribí a los veintiocho –seguía con su retrospectiva autosemblanza–. Con veintiséis comencé los cursos de doctorado, tras licenciarme con veintitrés en la Gran Universidad y dedicar tres años a la docencia y al estu-

dio. Y con dieciocho, al fin, estaba sentado igual que ustedes frente a uno de esos pupitres.

Hizo una pausa teatral para concentrar la atención de sus nuevos alumnos y continuó, remarcando mucho sus palabras.

–Ustedes están aquí para comenzar a construir sus sueños, como hice yo. Tienen el privilegio de ser los diseñadores de su futuro.

Respiró profundo, hizo una pausa aún más prolongada, y gritó con los ojos prácticamente en blanco:

–¡Ustedes son los arquitectos de sus sueños!

Bernardo miró a su alrededor. Desde la atalaya de la última fila del Aula Pretorio disponía de una perspectiva inmejorable de cuanto allí ocurría. No conocía a nadie. A nadie en absoluto. Y eso era una ventaja. Por lo menos para el experimento sociológico que estaba a punto de poner en marcha sin saberlo. Fuera prejuicios, todos le resultaban iguales.

«Veamos –consideró–, casi al menos la mitad de esta gente está más confundida que yo. Intentan que no se les note, pero están asustados, intimidados, diría yo».

Y no le faltaba razón. De entre los sesenta novatos, un tercio no eran oriundos de la Gran Capital, por lo que una montaña de novedades se les había acumulado de golpe. Ya no solo era su primer día en la Gran Universidad, con sus nuevos compañeros o la estrambótica arenga de su recién estrenado tutor. A eso había que sumarle el traslado a una ciudad desconocida y nada amable con los provincianos, por mucho que dijeran lo contrario. Más aún en el entorno de los colegios mayores universitarios, una auténtica jungla en sí mismos. Alejados de sus familias, de sus amigos, de esas pequeñas referencias que acuden al rescate cuando la desorientación hace presa y parece que todo se derrumba a nuestro alrededor, la sensación de vacío les provocaba una angustia permanente. Porque una tienda familiar, una cara reconoci-

ble o el simple templo de la habitación propia son los mejores bálsamos cuando el miedo ante lo nuevo invade el organismo. Y ahora no tenían nada de eso.

–*Pssst*...

Nada.

–*Pssst*...

De nuevo sin respuesta. Decidió probar con un leve roce en el codo de su compañero de la derecha, que escuchaba distraído al tutor. Esta vez sí. Giró la cabeza hacia Bernardo y con un mínimo gesto de la mirada le preguntó qué es lo que quería.

–Oye –susurró–. He visto que tú tampoco estás tomando notas y aquí los demás llevan ya varios folios rellenos.

Su nuevo amigo lo miró con aparente suficiencia y le respondió con media sonrisa y cara de falta de sueño acumulada.

–¿Y qué quieres que apunte? Si lo que está contando no son más que chorradas. Además, no me estoy enterando ni de la mitad. Estoy a punto de quedarme dormido.

–Claro, y por eso te has sentado en la última fila –le dijo Bernardo.

Su adormilado colega se giró con cara divertida y le contestó:

–¡Qué va! Lo que ocurre es que me ha dado por llegar puntual por eso de ser el primer día de clase y resulta que aquí ya estaban todos los sitios cogidos, así que me he tenido que sentar donde he podido. Y tú, ¿también has llegado a la hora en punto? –preguntó con retintín.

–No, no... Yo llegué bastante antes, aunque he preferido sentarme aquí para observar con calma.

Una mirada de reprobación desde algunas filas situadas más adelante los animó a guardar silencio por unos instantes, no demasiados, puesto que el embelesamiento del tutor

continuaba y parecía ni oír ni darse cuenta de la charla que mantenían los dos novatos.

–Ya hablamos después de clase, a ver si nos van a coger manía desde el primer día. Mi nombre es Bernardo. ¿El tuyo?

–Damián Frutos, me llamo Damián Frutos. Pero todos me llaman Frutos.

–Pues encantado, Frutos –concluyó Bernardo.

«Menos mal –pensó–, parece que también hay gente normal por aquí».

Y es que Bernardo era muy consciente de lo que significaba haber escogido cursar el doble grado de Derecho y Económicas en la más prestigiosa universidad privada de la Gran Capital. El centro al que acudían los estudiantes más capaces, tanto académica como económicamente. Sin embargo, la posibilidad de sacarse de manera simultánea dos licenciaturas había pesado más en la balanza que los reparos que le generaba el ambiente que sabía que se iba a encontrar, confirmado por la estrafalaria introducción del profesor de Romano.

No obstante, todavía había esperanza. Pese a que las tres primeras filas del aula estaban copadas por sonrientes caras de agobio que trataban de coger nota de cuanto se decía, o de que se les viera tomar apuntes de manera aplicada, se podían observar otros semblantes más propios de universidad que de colegio privado. Este segundo grupito parecía por encima de todo acojonado, salvo Frutos, que aparentaba indiferencia.

Muchos de los de las primeras filas mostraban una clara complicidad entre ellos; al poco tiempo, Bernardo descubriría que era por haber estudiado juntos bastantes años en algunos de los colegios más exclusivos de la Gran Capital. Ellos no parecían acojonados. Si acaso apurados por dar una buena imagen el primer día de *uni*. Y orgullosos de la etique-

ta de élites que les acababan de recordar que ostentaban desde hacía tiempo.

Bernardo se encontraba en un punto intermedio. Él también residía en la Gran Capital, pero, aunque había sido alumno de un buen colegio, no era ni mucho menos uno de los catalogados como exclusivos. Tampoco tenía claro por qué había acabado traicionando sus verdaderas vocaciones, la literatura y la docencia. En fin, ¿quién tiene claras esas cosas a los dieciocho años?

De repente sonó el timbre que anunciaba el final de la clase y los alumnos relajaron la postura como si en el Ejército un sargento les hubiera dado la voz de ¡descansen!

Bernardo se giró hacia Frutos.

–Bueno, pues parece que esto ha sido la primera clase.

–Eso parece –replicó Frutos–. Espero que las siguientes tengan algo más de chicha, porque esto por el momento parece un parvulario.

Exageraba, aunque algo de razón sí tenía. La propia fisonomía del aula, con sillas dispuestas en filas, el reducido número de alumnos y el colegueo que existía entre muchos de ellos generaban al recién llegado una curiosa sensación de ser un novato de cole más que un universitario.

Pese a que la pausa entre clases no daba para demasiado decidió salir al pasillo, con el ánimo de conocer a alguien más, dado que Frutos había decidido quedarse dormitando en su silla hasta la siguiente sesión.

En el exterior se encontró con la misma disposición que había en el interior del aula. Solo faltaban las sillas. Los mismos grupos de conocidos, que se arremolinaban conversando de manera animosa junto a una diáspora de asustados novatos solitarios dudando de si romper el hielo y entablar contacto entre ellos de alguna manera. Porque tratar de derribar el muro del gran corro de enterados era misión casi imposible.

De todas maneras, no les dio tiempo ni a intentarlo. A los cinco minutos volvió a sonar el mismo timbre de factoría y los operarios del estudio volvieron al tajo.

Segundo *round* y repetición de la anterior hora con leves variaciones. Más hojas y hojas de apuntes de los de las primeras filas. Más caras de susto y desconcierto de los demás, muchos de los cuales optaban por replicar lo que hacían esos compañeros que aparentaban tanto aplomo y saber estar.

Bernardo continuaba observando con detenimiento. Algunos de los enterados parecían de verdad listos, pese a su insistencia en seguir tomando apuntes a lo loco, que interpretó como una pose o una manera de liberar los nervios. En particular hubo uno que le resultó diferente al resto. Claramente integrado en el grupo pero algo menos risueño, más concentrado. De hecho fue el primero que alzó el brazo valiente ante la pregunta al auditorio que lanzó la profesora de Derecho Natural.

–¿Hay alguien que me pueda decir quién fue Hobbes?

–El autor de *Leviatán* –respondió el rubio novato con aplomo.

El resto del alumnado lo miró como si acabara de dar con la fórmula de la pólvora. Unos, los colegas de colegio, con orgullo de clase, dándole empellones tanto físicos como virtuales, como aparentando decirle: «!Qué machote eres!». Los otros con la angustia dibujada en los rostros.

«!Menudo nivel hay aquí!», pensaban para sus adentros.

–En efecto. Muy bien. ¿Cuál es su nombre? –celebró la profesora.

–¿El mío? Mi nombre es Álvaro Bustos.

Por un momento, Bernardo pensó que la profesora le iba a poner un positivo, o a darle una estrellita dorada para que se la pegara en la solapa, pero no ocurrió nada de eso.

–Muy bien, Álvaro. ¿Y qué decía Hobbes en el *Leviatán*?

–Hobbes decía que el hombre es un lobo para el hombre y que por eso era preciso un contrato social, en virtud del cual todos debemos ceder parte de nuestra libertad para ser capaces de convivir sin devorarnos los unos a los otros.

Silencio sepulcral en el aula.

–Muy bien, Álvaro. Muy bien. Pues, queridos alumnos, ya sabéis en qué consiste el Derecho. En crear esas normas que conforman el contrato social. Aquí aprenderán cómo evitar que nos devoremos los unos a los otros, conociendo primero, y aplicando después, dichas normas.

Y con esas palabras dio por terminada con más de media hora de adelanto su primera clase, dejando a esos pequeños lobos en una nebulosa mezcla de reflexión y desconcierto.

* * *

–¡Hola, mami! ¡Ya estoy de vuelta!

Al instante acudieron al vestíbulo a su encuentro sus preocupados padres, sin dejarle tiempo siquiera de llegar a su cuarto. Sabían que era su primer día de universidad y estaban ansiosos por conocer las impresiones de su único vástago.

–Hijo, ¿qué tal te ha ido? Tu padre ha salido antes de trabajar para estar en casa cuando regresaras.

–Dejo las cosas en mi habitación y os cuento en la comida –replicó Bernardo con cierta sensación de agobio.

Después de tomarse un respiro para ordenar sus ideas acudió al comedor, donde papá y mamá le esperaban expectantes.

–Bueno, cuéntanos. ¿Qué tal es la Gran Universidad?

Bernardo se quedó pensativo. Era difícil dar una repuesta que sintetizara de manera adecuada lo vivido esas pocas horas de bautizo académico.

–Pues… un poco colegio –replicó.

Los padres se miraron extrañados sin saber muy bien si habían entendido correctamente lo que acababa de decir su hijo.

–¿Cómo dices? ¿Un poco… colegio?

«Que sí, narices, que eso es lo que he dicho, que me ha parecido un maldito colegio».

Prefirió ser más cauto y considerado con el extraordinario esfuerzo económico que sabía que estaban realizando sus progenitores para sufragar la elevada matrícula del centro privado.

–Pues sí, que es un poco como volver al colegio. Somos una clase pequeña, de unos sesenta alumnos, y nos sentamos en un aula con sillas ordenadas en filas. Muchos de mis compañeros estudiaron juntos antes y solo se relacionan entre ellos. Además, toman apuntes todo el rato –vomitó sin poderlo evitar.

Después de un breve silencio, su madre se decidió a romperlo.

–¿Y eso no es bueno?

Vaya pregunta.

–Pues… no sé qué deciros. Imagino que en parte sí. Hay menos riesgo de despistarse. Pero yo esperaba un ambiente algo más, no sé, universitario.

–Hombre… –trató de tranquilizarlo su padre–, espera un tiempo, ¿no? Que solo es el primer día.

Y tenía razón, aunque hay sensaciones que no engañan y que, por mucho que el tiempo las camufle, perduran. Y Bernardo sabía a ciencia cierta que esta iba a ser una de ellas. No sé, había que estar allí para poder entenderlo.

–Sí, imagino que tienes razón. –Decidió zanjar el asunto.

Mientras comía, siendo partícipe de conversaciones para él banales en esos momentos, no paraba de darle vueltas a la cabeza.